

Luis María Marina

Un vacío plural
En torno a Fernando Pessoa



Un vacío plural. En torno a Fernando Pessoa

Primera edición: enero de 2026

©Luis María Marina, 2025

© Cubierta: António Costa Pinheiro, Fernando Pessoa - Heterónimo (detalle),
Centro de Arte Moderna Gulbenkian, Lisboa, nº. inventario 83P463.

Edición © La Umría y la Solana, 2025

c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

ISBN: 978-84-128411-9-0
Depósito legal: M-3060-2026

Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones
Plaza de Caldereros, 2. 10003 Cáceres (España)
Tel. 927 257 041
<https://publicaex.unex.es>

ISBN: 978-84-9127-335-6

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Diseño: Raúl Areces

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente Prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Índice

Maneras de caer	9
El niño y el teniente	15
Un billete para Os Douradores	33
¿Un imperialismo de poetas?	54
Doblar el cabo de No	71
<i>Adeus, ó, Esteves!</i>	131
Notas para recordar las <i>Notas para recordar</i> <i>a mi maestro Caeiro</i>	139
Dirección en clave: Lisboa	161

Maneras de caer

Miro la piedra en medio del camino. Durante mucho tiempo la he rodeado, he deambulado por sus inmediaciones, en ocasiones he imaginado, incluso, saltar por encima de ella. Pero ahí seguía, impertérrita, displicente, obstinada. En realidad, aunque haya tardado en darme cuenta, iba conmigo o, mejor dicho, sobre mí. Me lo recordaron unos versos del poema «La estatua de Pessoa», de Eugenio Montejo. Aunque la imagen de Fernando Pessoa «pesa mucho» y, por tanto, «hay que llevarla despacio», no estamos solos en la tarea. Somos cofrades de una hermandad que transporta el *baule pieno di gente* en dirección a un destino desconocido: «No hay que apurarse —nos tranquiliza el venezolano—. Llegaremos».

No son pocos los riesgos que afronta el autor de estas páginas. El primero tiene que ver con el punto de vista elegido para abordar la obra del clásico. Estoy seguro de haber evitado el que denotan, cito apenas un ejemplo, estas palabras de Américo Castro: «No tengo aliento sino para internarme en el hacer creativo de unos poquísimos hombres de primera». Y lo estoy, por un lado, porque Pessoa es refractario a estos juegos de emulación; se cuenta entre los poquísimos miembros de aquella comunidad de elegidos que Ralph Waldo Emerson creara en torno a Platón y Shakespeare: «Me gusta la gente a la que le gusta Platón. Este amor no consiente la presunción». Pero también, por otro

lado, y ya en un plano subjetivo, porque si alguna vez he tenido que elegir entre las dos categorías de aquella taxonomía tan poco sofisticada, mi querencia se ha decantado casi siempre por «los de segunda»: los menores, los desplazados, los excéntricos, todos ellos me parecen esenciales para la comprensión de cualquier tradición literaria, incluyendo, por supuesto, la del país vecino.

Pero ¿de verdad se puede colocar a Pessoa entre estos últimos? Bernardo Soares toma la palabra para responder en un pasaje del *Libro del desasosiego*: «Ah, es un doloroso error aquella distinción que los revolucionarios establecen entre burgueses y pueblo, o hidalgos y pueblo, o gobernantes y gobernados. La distinción es entre adaptados e inadaptados: lo demás es literatura, y mala literatura».¹ Y, por si no quedara claro a quiénes considera los suyos, precisará: «A un lado están los reyes, con su prestigio, los emperadores, con su gloria, los genios, con su aura, los santos, con su aureola, los jefes del pueblo, con su dominio, las prostitutas, los profetas y los ricos... Al otro lado estamos nosotros». Hoy, la apetencia internacional por la figura de Pessoa no debiera confundirnos con respecto a los presupuestos y aspiraciones de su obra. Que Harold Bloom lo haya inhumado en el panteón del canon universal (*Genios. Un mosaico de cien mentes creativas y ejemplares*) y su país le haya concedido el honor póstumo de dedicarle un túmulo en el claustro de los Jerónimos sin duda refleja un estado de cosas con respecto a su apreciación literaria (y extraliteraria), pero no abre nuevos caminos hacia una comprensión más cabal de una obra concebida desde la incomodidad con lo establecido, levantada sobre una acumulación de periferias. Al yo de Castro prefiero el nosotros de Soares; al Pessoa canonizado en el *noli me tangere* de la gloria literaria, el

escritor cuya voz me sigue interpelando humanamente, en esa conversación a media voz de la página que siento escrita para mí.

Otro riesgo para el hermeneuta fue advertido ya hace décadas por Eduardo Lourenço. A comienzos de los ochenta, la primera edición de un corpus amplio de fragmentos del *Libro del desasosiego* (la de Ática, organizada por Jacinto Prado Coelho) amplió el círculo de lectores potenciales de Pessoa para incluir en él a los más reticentes a acercarse a la poesía, hasta entonces lo mollar de su obra publicada. Reflexionando a propósito de este paso, ya camino del cénit, en el proceso de consagración del autor de *Mensaje*, el polígrafo de Guarda avisaba de que la proliferación incontenible de la bibliografía pasiva conllevaba un peligro evidente: el de alcanzar un punto de no retorno en que «el discurso que devora y borra», acabase por sepultar a «la voz que nos interpela y convoca».² Confieso no haber tomado ninguna precaución frente a esta amenaza. Porque, a pesar del crecimiento exponencial que el discurso ha seguido experimentando en las cuatro décadas transcurridas desde el vaticinio de Lourenço, la potencia de la voz original sigue interpelándonos y convocándonos, insumergible en el griterío de un coro superpoblado de intérpretes —y ese es uno de los misterios que tratamos infructuosamente de explicar cuando a un autor lo llamamos clásico—. Mi navegación por esas aguas de lo que otros han escrito sobre Fernando Pessoa no ha pasado del cabotaje, tratando de diferenciar, también en ella, entre voz y ruido. En el mínimo aparato crítico que se incluye como colofón se encontrarán sobre todo refe-

rencias a aquellos guías — Octavio Paz, Jorge de Sena, Ángel Crespo o el propio Lourenço— cuyas lecturas se han injertado en la obra de Pessoa hasta volverse parte de ella.

Dicho lo que este libro no ha querido ser, algo también sobre sus aspiraciones. Si los textos reunidos conforman un ensayo, será solo por su condición de excursiones «por los laberintos mentales de otra persona», que no en otra cosa consiste, según Cynthia Ozick, el género concebido por Montaigne. El conjunto puede leerse como una bitácora de mis devaneos por los laberintos de Pessoa, guiado por la convicción retrospectiva de que pocos escritores me han nutrido de manera tan generosa a lo largo de las décadas. Más que un libro sobre Pessoa, creo haber escrito un libro que cuenta la historia de un lector que desde los quince años nunca ha dejado de leer a Pessoa. Confesión que me sirve, de entrada, para abrigarme frente a cualquier acusación de intrusismo en el concurrido mundo de los «teólogos pessoanos»; y, de paso, como coartada para defenderme por la proliferación de lo autorreferencial, por la atribución de simpatías y diferencias que solo se explican en clave subjetiva, por haberme detenido en cruces cuyo sentido se tambalea fuera del lugar donde fueron imaginados.

Aunque los artículos que lo componen no se concibieron como parte de ningún todo, puede que revelen ciertas insistencias. Más que hipótesis, melodías simples sobre las que se van tejiendo sucesivas repeticiones. Una de las más recurrentes es la que busca encontrarse con la *humanidad* de Fernando Pessoa (no, por supuesto, la del hombre, sino la del «tipo que habita en el poema», en el sentido de Auden). Y es que hoy su lector, que tiene que levantar la mira-

da para verlo allá arriba, en las alturas del Parnaso, puede sentirse tentado a sobredimensionar su, por otra parte, innegable propensión a la misantropía y a tomarse demasiado en serio su, por otra parte, innegable *hybris* personal (el súper-Camões) y colectiva (el Quinto Imperio de Portugal, un imperialismo liderado por poetas). Puede, cegado por el reflejo de las sucesivas ediciones de sus obras completas (de Pessoa, sí, que apenas publicó «obras» tal y como las entendemos), pasar por alto que en su espíritu lo apolíneo no excluye lo dionisiaco; que su proverbial clarividencia no implica desinterés por lo real, sino una perspectiva retranqueada que facilita percibir las potencialidades y abismos del ser en toda su profundidad y extensión; que no renuncia, en términos de Walter Otto, al «enredo en las cosas, la mirada tierna ...». Esa mirada humana no pasaba desapercibida a quienes trataron al poeta en vida (tampoco a quienes contemplan esas fotografías borrosas que lo muestran caminando desvalido por las calles empedradas de la Baixa o acodado en la barra de una tasca), pero quizás sí al lector actual de una obra en la que, sin embargo, ha dejado huellas visibles.

Mi mirada al autor de los heterónimos no se despliega en horizontal, sino en diagonal. Por un lado, ese *modus operandi* es marca de agua de la poesía lusa, comenzando por el propio Pessoa, un verdadero maestro en el oficio de abrir vías de agua en las apariencias de realidad más firmemente establecidas. Por otro, la humildad del mirar sesgado se revela particularmente eficaz frente al clásico, sometido a lo largo del tiempo a infinidad de miradas horizontales. Acodado en esa «ventana oblicua» que frecuentaban Bernardo Soares y Eugenio Montejo, o tratando de practicar aquellas «incisiones oblicuas» tan características del méto-

do crítico de António Ramos Rosa, he buscado asomarme a aspectos menos transitados de su obra: desde su relación con el tópico de la infancia («El niño y el teniente») hasta sus inolvidables secundarios («Un billete para Os Douradores», «*Adeus, ó, Esteves!*»), pasando por la admiración literaria de Bernardo Soares por el jesuita António Vieira («Doblar el cabo de No») o un asunto tan peliagudo como el imperialismo cultural, en el que apenas trato de dar unos dubitativos pasos por el camino abierto por Antonio Sáez Delgado en *Iberia: Introducción a un imperialismo futuro* («¿Un imperialismo de poetas?»).

Por fin, aquí se invocan (otros) dos fantasmas. Uno, el lector adolescente que yo era en los años noventa, y que vivió el descubrimiento de Pessoa como un tsunami, una de esas sacudidas intelectuales que cambian el curso de una vida. Otro, el traductor de poesía portuguesa en que luego me convertí y que, llevado por un temor casi atávico a la obra del clásico, tanto quiso evitar los agujeros negros que abundan en la galaxia pesoana que acabó por alejarse de ella. Hoy, sin embargo, creo que dejarse caer por esos cráteres de sentido resulta imprescindible como reconocimiento de una incapacidad radical y liberadora: habiendo renunciado de antemano a cualquier aspiración de *interpretarlo* o *comprenderlo*, los escritos recopilados en este libro no son más que maneras de caer, disfrutando del vuelo libre. Maneras, también, de cargar a hombros ese vacío múltiple y cargado de sentido, ese «solido nulla» al que, por inercia, quizás por pura comodidad, seguimos llamando Fernando Pessoa.

El niño y el teniente

*«The questions which interest me most when reading a poem are two.
The first is technical: "Here is a verbal contraption. How does it work?"
The second is, in the broadest sense, moral:
"What kind of a guy inhabits this poem?"
What is his notion of the good life or the good place?
His notion of the Evil One?
What does he conceal from the reader?
What does he conceal even from himself?"
And you must not be surprised if he should have nothing
but platitudes to say...».*

W. H. AUDEN,
Making, Knowing and Judging

La infancia y adolescencia de Fernando Pessoa han sido apuradas por sus biógrafos. Desde el pionero, João Gaspar Simões, hasta uno de los más recientes, Richard Zenith, pasando por Ángel Crespo y Robert Bréchon, todos han prestado considerable atención a las etapas iniciales de la vida del autor de los heterónimos. Un énfasis que se entiende mejor al considerar que se trata del periodo más rico en hechos de un trayecto vital que luego fue relativamente escaso en ellos. Nada, por tanto, hay de extraño en que, entre los rasgos que han servido para moldear el armazón de la leyenda pessoana, pesen comparativamente más los que tienen que ver con este periodo. Empezando por sus orígenes familiares y el ambiente en que fue criado, del que se suelen subrayar aquellos aspectos que apuntarían a un

ligero desvío con respecto al mínimo común denominador de una familia burguesa de su tiempo: cristianos nuevos por la rama paterna; azorianos por la materna; padre tísico; madre más culta de lo habitual para una mujer de su tiempo; abuela con una enfermedad mental crónica... Y siguiendo por los sucesivos estadios de una niñez y adolescencias objetivamente ajetreadas: al cumplir diecisiete años, el poeta acumulaba dos familias (los Nogueira-Pessoa y los Nogueira-Rosa), dos países (Portugal y Sudáfrica, todavía colonia), dos idiomas (portugués e inglés) y dos viajes intercontinentales de ida y vuelta. Accidentes biográficos que han servido para refrendar la construcción de que el resto de su vida no fue, por comparación, más que una vigilia consagrada a la procrastinación en la morosa Lisboa del primer tercio del siglo pasado.

Ilustrativa de lo anterior es la atención particular que se ha otorgado a los años de formación en Durban donde, como es conocido, João Miguel Rosa, segundo marido de la madre de Pessoa, ejerció como Cónsul de Portugal, atrayendo consigo a la nueva familia. Los estudios seminales de Alexandrino Severino (*Fernando Pessoa en Sudáfrica*) y H. D. Jennings (*Los dos exilios. Fernando Pessoa en Sudáfrica*) recogían sus pesquisas, iniciadas en los años sesenta, y que les llevaron a investigar los ambientes que frecuentaron los Nogueira-Rosa en la capital de la colonia inglesa de Natal. Para ello llegaron a entrevistar a algunos de los que habían tratado al escritor portugués de niño y adolescente, en particular profesores y antiguos colegas de clase. Con esto buscaban quizás un imposible: el reflejo en los demás de un genio que nadie vio venir (¿y cuál —cabe preguntarse— se ve a esa edad?). De aquí se han querido extraer conclusiones relevantes no ya para el devenir posterior de Pessoa (los

estudios en la Escuela Comercial de Durban, una elección coherente con su desempeño profesional como adulto), sino incluso para el fenómeno de la heteronimia. Así, tanto se ha rastreado en ese periodo que, en un ejercicio que tiene algo de funambulismo intelectual, se ha encontrado en él, entre otras cosas, la inspiración inmediata de un heterónimo. Desde Jennings, «todos los especialistas —apunta Bréchon— coinciden en señalar que Nicholas es el modelo de Ricardo Reis». Este Nicholas era W. H. Nicholas, el director de la Durban High School durante el periodo en que Pessoa estudió en ella. Los argumentos empleados para convertirlo en la hechura de Reis son de lo más variopinto: desde que el *head-master* de la institución era, como el heterónimo, un apasionado de las letras griegas y latinas, que enseñaba con fervor a sus alumnos, hasta que en una foto de anuario el profesor aparece con tez morena, el mismo «vago moreno mate» con que Pessoa colorea el rostro del médico de Porto en la carta sobre la génesis de los heterónimos. Tono de piel, por cierto, que había servido a Octavio Paz para algo bien distinto: encontrar en Reis el epítome del fenotipo mediterráneo, «más cerca del español y portugués meridionales».

Pero, más que la infancia *de* Pessoa me interesa la infancia *en* Pessoa. Una cuestión que ya planteó, a su modo, Gaspar Simões. Y, como en muchos otros aspectos, será su primer biógrafo el que fije los términos del debate posterior, al sostener que uno de los motores de la escritura en el autor de los heterónimos es precisamente la nostalgia por la Arcadia perdida de la niñez, derivada en su caso por vía psicoanalítica del complejo de «ausencia de la Madre». Escogamos como botón de muestra dos de los no pocos poemas que Pessoa dedicó a este tópico: «Navidad... En provincias nieva» y «Cumpleaños». Ambos fueron publicados en vida